

James Salter

# AÑOS LUZ

Traducción del inglés de  
Jaime Zulaika



Título original: *Light Years*

Copyright © James Salter, 1975

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-563-2

Depósito legal: B-18.767-2013

1ª edición, septiembre de 2013

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

## **PRIMERA PARTE**



# 1

Surcamos el río negro, sus bancos lisos como piedras. Ni un barco, ni un bote, ni una mota de blanco. El viento ha roto, agrietado la superficie del agua. Es ancho, interminable este gran estuario. El río es salobre, azul por el frío. Discurre borroso por debajo de nosotros. Las aves marinas que lo sobrevuelan giran y desaparecen. Surcamos velozmente el ancho río, un sueño del pasado. Rebasadas sus aguas profundas, el fondo empalidece la superficie, traspasamos los bajíos, las embarcaciones varadas en la playa para pasar el invierno, los embarcaderos desolados. Y, alados como gaviotas, nos elevamos, viramos, miramos atrás.

El día es blanco como papel. Las ventanas están congeladas. Las canteras están vacías, la mina de plata inundada. El Hudson es aquí vasto, vasto e inmóvil. Una región oscura, un paraje de esturiones y de carpas. En otoño plateaba de sábalos. Los gansos dibujaban en el cielo su larga y cambiante uve. La marea sube desde el mar.

Dicen que los indios buscaban un río que «discurriera en los dos sentidos». Lo encontraron aquí. La cuña de sal penetra no menos de cincuenta kilómetros; a veces llega hasta Poughkeepsie. Aquí había lechos enormes de ostras, focas en el puerto, caza inagotable en los bosques. Este gran tajo glacial, con sus bahías nupciales, las calas de apio

silvestre y arroz, el río majestuoso. Los pájaros, como signos de puntuación, cruzan en vuelo uniforme. Parece que se aproximan despacio, luego aceleran y pasan por encima como flechas. El cielo es incoloro. Atisbo de lluvia.

Todo esto era holandés. Después fue inglés, como tantas otras cosas. El río es un reflejo. Contiene sólo silencio, un frío relumbrante. Los árboles están pelados. Las anguilas duermen. El cauce es tan hondo que podrían surcarlo transatlánticos; si quisieran, dejarían pasmadas a las ciudades de tierra adentro. En las marismas hay tortugas y cangrejos, garzas, gaviotas Bonaparte. Las cloacas de las ciudades vierten más arriba. El río es sucio, pero se lava a sí mismo. Los peces, aletargados, fluyen con la marea.

A lo largo de las riberas hay casas de piedra, que ya no están de moda, y casas de madera, oreadas y escuetas. Todavía existen fincas, pervivencias de las grandes parcelas del pasado. Cerca del agua, una espaciosa mansión victoriana, de ladrillo pintado de blanco, sobrevolada por altas copas de árboles, un jardín tapiado, un invernadero derruido con herrajes a lo largo de la cubierta. Una casa junto al río, demasiado baja para el sol de la tarde. La inundaba, en cambio, la luz de la mañana, la luz del este. El mediodía era glorioso. La pintura se ha oscurecido en ciertos puntos desnudos. Los senderos de grava se deshacen; en los cobertizos anidan pájaros.

Paseábamos por el jardín, comiendo las manzanas pequeñas y ácidas. Los árboles eran secos y nudosos. Estaban encendidas las luces de la cocina.

Un coche que regresa de la ciudad sube el sendero de entrada. El conductor entra en la casa un momento, hasta que oye la noticia: el poni se ha escapado.

Se enfurece.

—¿Dónde está? ¿Quién ha dejado el pestillo desconchado?

—Oh, Dios, Viri. No lo sé.

En una habitación con muchas plantas, una especie de solárium, hay un lagarto, una serpiente parda, una tortuga dormida. El peldaño de la entrada es alto, y la tortuga no puede escaparse. Duerme en la grava, con las patas muy juntas. Sus uñas son de color marfil, curvadas y largas. La serpiente duerme, y también el lagarto.

Viri, con el cuello de la chaqueta alzado, sube la cuesta trabajosamente.

—¡*Ursula!* —llama. Silba.

Ha oscurecido. La hierba está seca; cruje al hollarla. Ha sido un día sin sol. Avanza hacia los rincones alejados, la carretera, los campos contiguos, gritando el nombre del poni. Quietud en todas partes. Empieza a llover. Ve al perro tuerto que pertenece a un vecino, una especie de husky de hocico gris. Tiene el ojo cerrado por completo, cegado; hace tanto tiempo que lo perdió que se le ha recubierto de pelaje, como si nunca hubiera existido.

—¡*Ursula!* —grita.

—Está aquí —dice su esposa cuando él vuelve.

El poni está cerca de la puerta de la cocina, sosegado, oscuro, comiendo una manzana. Él le toca los belfos. El animal le muerde distraídamente en la muñeca. Tiene los ojos negros, brillantes, y las pestañas largas y erráticas de una mujer borracha. Su pelaje es espeso y su aliento muy dulce.

—*Ursula* —dice. El poni gira ligeramente las orejas y luego se olvida—. ¿Dónde has estado? ¿Quién te ha abierto la cuadra?

*Ursula* no le presta atención.

—¿Has aprendido a abrir sola?

Le toca una oreja; está caliente, fuerte como una herradura. La lleva a la cuadra, cuya puerta está entornada. Fuera de la cocina se sacude la tierra de los zapatos.

Hay luces por todas partes: una casa espaciosa, iluminada. Moscas muertas del tamaño de judías yacen detrás

de las cortinas de terciopelo, hay bultos en las esquinas del empapelado, el cristal de la ventana desfigura las cosas. Viven en un aviario, en un panal. Los tejados son de pizarra gruesa, las habitaciones como comercios. Esa casa no emite ningún sonido; en la oscuridad es como un barco. Dentro, si uno aguza el oído, se oye de todo: agua, voces tenues, la lenta y medida criba del grano.

En el cuarto de baño principal, con sus tintes, esponjas, jabones de color té, libros, ejemplares de *Vogue* abarquillados por el agua, Viri humea, en paz. El agua le llega por encima de las rodillas; le penetra hasta el hueso. Hay alfombras en el suelo, hay una canasta llena de cantos lisos, un vaso vacío de un azul muy intenso.

—Papá —llaman las niñas desde el otro lado de la puerta.

—Sí.

Está leyendo el *Times*.

—¿Dónde estaba *Ursula*?

—¿*Ursula*?

—¿Dónde estaba?

—No lo sé —les responde él—. Se ha ido a dar un paseo.

Ellas aguardan a que les diga algo más. Es un narrador, un cuentista de prodigios. Escuchan a la espera de sonidos, de que la puerta se abra.

—Pero ¿dónde estaba?

—Tenía las patas mojadas —anuncia él.

—¿Las patas?

—Creo que ha estado nadando.

—No, papá, ¿qué dices?

—Intentando coger las cebollas del fondo.

—Ahí no hay cebollas.

—Ah, sí.

—¿Hay?

—Es donde crecen.



Ellas se lo explican la una a la otra al otro lado de la puerta. Es cierto, deciden. Lo esperan, dos niñas en cucullas como mendigos.

—Sal, papá —dicen—. Queremos hablar contigo.

Él deja el periódico y se sumerge una última vez en el abrazo del baño.

—¿Papá?

—Sí.

—¿Vas a salir?

El poni las fascina. Las asusta. Echan a correr si hace un sonido inesperado. *Ursula* permanece paciente, silenciosa, en su cuadra; es un animal que pasta, que come durante horas. Su hocico tiene un nimbo de pelusa fina, sus dientes son parduscos.

—Los dientes le crecen continuamente —les dijo el hombre que se la vendió. Era un borracho de ropas andrajosas—. Se van desgastando y siguen creciendo.

—¿Qué pasaría si dejara de comer?

—¿Si dejara de comer?

—¿Qué les pasaría a sus dientes?

—Aseguraos de que coma —dijo él.

La observan a menudo; escuchan su quijada. Este animal mítico, fragante en la oscuridad, es más grande que ellas, más fuerte, más inteligente. Anhelan aproximarse al poni, granjearse su amor.

## 2

Era el otoño de 1958. Sus hijas tenían siete y cinco años. La luz se derramaba sobre el río de color pizarra. Una luz suave, la ociosidad de Dios. El puente nuevo, a lo lejos, brillaba como una afirmación, como una línea en una carta que le llama a uno la atención.

Nedra trabajaba en la cocina, se había quitado los anillos. Era alta, seria; llevaba el cuello desnudo. Cuando hacía un alto para leer una receta, con la cabeza agachada, su concentración y su aire de obediencia eran deslumbrantes. Llevaba puesto su reloj de pulsera, sus mejores zapatos. Por debajo del delantal, estaba vestida para la velada. Venía gente a cenar.

Había recortado los tallos de las flores extendidas sobre la encimera de madera y empezó a prepararlas. Delante de ella tenía unas tijeras, envases de queso de cartón muy fino, cuchillos franceses. Se había perfumado los hombros. Voy a describir su vida desde dentro hacia fuera, desde su médula, y también la casa, las habitaciones en donde la vida se congregaba, cuartos a la luz de la mañana, los suelos tapizados con alfombras orientales que habían sido de la suegra de Nedra, de color albaricoque, carmín y habano, y que por muy astrosa que fuese su apariencia parecían beber el sol, absorber su calor; libros, arreglos de flores secas, almohadones

con colores de Matisse, objetos relucientes como testimonio, muchos de los cuales, de haber pertenecido a pueblos antiguos, podrían haber sido sepultados en tumbas para la otra vida: dados cristalinos, fragmentos de coral, cuentas de ámbar, cajas, esculturas, bolas de madera, revistas que contenían fotografías de mujeres con las que ella se comparaba.

¿Quién limpia esta casa grande, quién friega los suelos? Ella, esta mujer, lo hace todo; no hace nada. Viste un jersey de color avena, esbelta como una espiga, con su pelo largo recogido, la lumbre crepitando. Lo que le preocupa de verdad es lo esencial de la vida: la comida, la ropa de cama, las prendas de vestir. Todo lo demás no significa nada; se arregla sobre la marcha. Tiene una boca grande, la boca de una actriz, emocionante, intensa. Manchas oscuras en las axilas, menta en su aliento. Es derrochadora por naturaleza. Compra obedeciendo un impulso, visita Bendel como quien visita a un amigo, reúne cinco o seis vestidos y entra en un probador sin molestarse en correr del todo la cortina, se la vislumbra desvistiendo, brazos delgados, tronco menudo, bragas de bikini. Sí, friega suelos, recoge la ropa sucia. Tiene veintiocho años. Sus sueños, que todavía perduran en ella, la adornan; es confiada, serena, está emparentada con criaturas de cuello largo, con rumiantes, santos abandonados. Es precavida, difícil de abordar. Esconde su vida. Uno la ve a través del humo y de la conversación de muchas cenas: cenas campestres, cenas en el Russian Tea Room, el Café Chauveron, con los clientes de Viri, el St. Regis, el Minotaur.

De la ciudad llegaban invitados en coche, Peter Daro y su mujer.

—¿A qué hora vienen?

—A eso de las siete —dijo Viri.

—¿Has abierto el vino?

—Todavía no.

Corría el agua y ella tenía las manos mojadas.

—Ten, lleva esta bandeja —dijo—. Las niñas quieren comer junto al fuego. Cuéntales un cuento.

Durante un momento, Nedra supervisó sus preparativos. Echó un vistazo al reloj.

Los Daro llegaron en la oscuridad. Las puertas de su automóvil dieron un débil portazo. Unos instantes después aparecieron en la entrada, con la cara radiante.

—Traigo un pequeño regalo —dijo Peter.

—Viri, Peter ha traído vino.

—Dadme los abrigos.

El atardecer era frío. En las habitaciones, el aura del otoño.

—Es un trayecto precioso —dijo Peter, alisándose la ropa—. Me encanta ese recorrido. En cuanto cruzas el puente, estás entre árboles, en la oscuridad, la ciudad desaparece.

—Es casi primigenio —dijo Catherine.

—Y estás en el camino hacia la hermosa casa de los Berland. —Peter sonrió. Qué aplomo, qué triunfo hay en la cara de un hombre a los treinta.

—Tenéis un aspecto magnífico los dos —les dijo Viri.

—Catherine adora de verdad esta casa.

—Yo también —sonrió Nedra.

Velada de noviembre, inmemorial, clara. Trucha de arroyo ahumada, cordero, ensalada de endivias, una botella de Margaux abierta en el aparador. La cena se sirvió debajo de un grabado de Chagall, la sirena sobre la bahía de Niza. La firma era probablemente falsa, pero qué más daba, como había dicho Peter, valía lo mismo que la auténtica de Chagall, incluso aún más, con aquel grado justo de descuido. Y el póster, en definitiva, era una copia entre miles, aquel ángel flotando en la noche pura, casi ninguna de ellas llevaba siquiera una rúbrica, aunque fuese fraudulenta.

—¿Te gustan las truchas? —preguntó Nedra, con la bandeja en las manos.

—No sé qué me gusta más, pescarlas o comerlas.

—En serio, ¿sabes pescarlas?

—Hay veces en que me lo pregunto —dijo Peter. Se estaba sirviendo una ración generosa—. ¿Sabes?, he pescado en todas partes. El pescador de truchas es un individuo muy especial, solitario, perverso. Nedra, están deliciosas.

Sus cabellos raleaban, y tenía la cara tersa y llena de un heredero, de alguien que trabaja en el departamento de fondos de inversiones de un banco. Sin embargo, se pasaba el día de pie, sacando Gauloises de un paquete arrugado. Tenía una galería de arte.

—Así conquisté a Catherine —dijo—. La llevé a pescar. En realidad, la llevé a leer; estuvo sentada en la orilla con un libro mientras yo pescaba truchas. ¿Alguna vez os he contado la historia de la pesca en Inglaterra? Fui a un río pequeño, perfecto. No era el Test, que es el famoso presidido durante muchos años por un hombre que se llama Lunn. Un anciano maravilloso, típicamente inglés. Hay una fotografía fantástica de él clasificando insectos con unas pinzas. Es una leyenda.

»Era cerca de una posada, una de las más antiguas de Inglaterra. Se llama The Old Bell. Cuando llegué a aquel paraje absolutamente precioso, había dos hombres sentados en la orilla, no demasiado contentos de que apareciera un intruso, pero como eran ingleses hicieron como si ni siquiera me hubiesen visto.

—Perdona, Peter —lo interrumpió Nedra—. Toma un poco más.

Él se sirvió.

—De todos modos, dije: «¿Cómo va eso?». «Hermoso día», dijo uno de ellos. «Me refiero a cómo va la pesca.» Un largo silencio. Finalmente, uno de ellos dijo: «Truchas aquí». Nuevo silencio. «Una allí, junto a esa roca», dijo. «¿De veras?» «La he visto hará una hora», dijo él. Otro largo silencio. «Grande la cabrona, además.»

—¿La pescaste? —preguntó ella.  
—Oh, no. Era una trucha que ellos conocían. Ya sabes cómo es, has estado en Inglaterra.  
—No he estado nunca en ningún sitio.  
—Venga ya.  
—Pero he hecho de todo —dijo ella—. Lo que es más importante. —Una amplia sonrisa sobre su copa de vino—. Oh, Viri —dijo—, este vino es maravilloso.  
—Está bueno, ¿eh? Es increíble, pero hay algunas tiendas donde encuentras buen vino, y nada caro.  
—¿Dónde has comprado éste? —preguntó Peter.  
—Bueno, conoces la calle Cincuenta y seis...  
—Cerca del Carnegie Hall.  
—Eso es.  
—En la esquina.  
—Tienen muy buenos vinos.  
—Sí, lo sé. ¿Cómo se llama el dependiente? Hay uno en concreto...  
—Sí, uno calvo.  
—No sólo sabe de vinos: conoce su poesía.  
—Es fantástico. Se llama Jack.  
—Exacto —dijo Peter—. Un tipo agradable.  
—Viri, cuenta la conversación que oíste —dijo Nedra.  
—No fue allí.  
—Ya lo sé.  
—Fue en la librería.  
—Cuenta, Viri —dijo ella.  
—Es simplemente algo que oí —explicó él—. Estaba buscando un libro y había allí dos hombres. Uno le dijo al otro —su imitación ceceante era perfecta—: «Sartre tenía razón, ¿sabes?»  
—¿Ah, sí? —Viri imitó al otro—. ¿En qué?  
—Genet es un santo —dijo—. Ese hombre es un santo. Nedra se rió. Su risa era vibrante y clara.  
—¡Lo haces tan bien! —le dijo.

—No —protestó él, vagamente.

—Lo imitas perfectamente —dijo ella.

Cenas en el campo, la mesa rebosante de vasos, flores, comer hasta saciarse, cenas que acababan en humo de tabaco, una sensación de bienestar. Cenas pausadas. La conversación no se interrumpe. Su vida de pareja es especial, fervorosa, prefieren pasar el tiempo con sus hijos, sólo tienen unos pocos amigos.

—Ya ves, soy adicto a una serie de cosas —comenzó Peter.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Nedra.

—Bueno, las vidas de pintores —dijo él—. Me encanta leerlas. —Reflexionó un momento—. Las mujeres que beben.

—¿En serio?

—Irlandesas. Les tengo mucho cariño.

—¿Beben?

—¿Beber? Todos los irlandeses beben. He estado con Catherine en cenas donde grandes damas irlandesas se han caído de narices sobre el plato, borrachas como cubas.

—Peter, no te creo.

—Los mayordomos no les hacen ningún caso —dijo él—. Lo llaman el punto flaco. La condesa de... ¿cómo era, querida? Aquella que nos causó tantos problemas, bebida a las diez de la mañana. Una mujer más bien morena, sospechosamente morena. Hay algunas irlandesas así.

—¿Quieres decir de tez morena?

—Negra.

—¿Cómo es eso? —preguntó Nedra.

—Bueno, como diría un amigo mío, es porque el conde tiene la polla grande.

—Sabes muchas cosas de Irlanda.

—Me gustaría vivir allí —dijo Peter.

Una breve pausa.

—¿Qué es lo que más te gusta? —inquirió ella.

—¿Lo que más? ¿Hablas en serio? Lo que más me gusta en el mundo es pasar un día pescando.

—A mí no me gusta madrugar —dijo Nedra.

—No tienes por qué madrugar.

—Creía que sí.

—Te aseguro que no.

Las botellas de vino se habían acabado. Su color, vacías, era el de las naves de una catedral.

—Tienes que ponerte botas y demás —dijo ella.

—Sólo para pescar truchas.

—Se te llenan siempre de agua y hay gente que se ahoga.

—De vez en cuando —dijo él—. No sabes lo que te pierdes.

Ella se llevó la mano a la nuca, como si no escuchara, se soltó el pelo y lo agitó.

—Tengo un champú fabuloso —anunció—. Es sueco. Lo compro en Bonwit Teller's. Realmente fabuloso.

Le había hecho efecto el vino, la luz suave. Su tarea había terminado. Dejaba el café y el Grand Marnier para Viri.

Se sentaron en los sofás junto al fuego. Nedra se acercó al fonógrafo.

—Escuchad esto —dijo—. Os diré cuál es.

Comenzó a sonar un disco de canciones griegas.

—Es la siguiente —dijo ella. Aguardaron. Los asaltó la música, apasionada y plañidera—. Escuchad. Es una canción sobre una chica cuyo padre quiere que se case con uno de sus atractivos pretendientes...

Ella movió las caderas. Sonrió. Se descalzó y se sentó con las piernas recogidas debajo del cuerpo.

—... pero ella no quiere. Quiere casarse con el borracho del pueblo porque le hará el amor maravillosamente todas las noches.

Peter la observó. Había momentos en que parecía que ella lo revelaba todo. En la barbilla tenía un hoyuelo claro



y redondo como una perdigonada. Una señal de inteligencia, de desnudez, que ella lucía como una joya. Intentó imaginar escenas que se producían en aquella casa, pero lo distrajo la risa de Nedra. Era un desahogo, una prenda de la que se despojaba, como de unas medias ya quitadas, como de un albornoz en la playa.

Hablaron hasta medianoche sentados en los mullidos almohadones. Nedra bebía sin restricciones, tendía el vaso para que se lo llenaran. Mantenía una conversación aparte con Peter, como si fueran íntimos, como si ella lo comprendiera enteramente. Todos los cuartos y los recintos cerrados de la casa eran de Nedra, las cucharas, las telas, el suelo debajo de los pies. Era su provincia, su serrallo, donde ella podía caminar descalza, donde era libre de dormir con los brazos desnudos y el cabello suelto. Cuando dio las buenas noches, su cara parecía ya lavada, como por adelantado. El vino la había amodorrado.

—La próxima vez que te cases —dijo Catherine al volante, de vuelta a casa con su marido—, deberías casarte con una mujer como ella.

—¿Qué quieres decir?

—No te asustes. Sólo quiero decir que es evidente que te gustaría vivir toda esa experiencia...

—Catherine, no digas tonterías.

—... y yo creo que deberías hacerlo.

—Es una mujer muy generosa, eso es todo.

—¿Generosa?

—Empleo la palabra en el sentido de abundante, rico.

—Es la mujer más egoísta del mundo.